ENTRE DOS MUNDOS

INÉS ECHEVERRÍA BELLO
(IRIS)

TRADUCCIÓN de PABLO FANTE
y EDICIÓN de MACARENA URZÚA

NOTA DEL TRADUCTOR

Iris escribió principalmente dos libros en francés, *Entre deux mondes* (1914) y *Au-delà-- : poème de la douleur et de la mort: fragments d'un journal de la mort*. El grueso de su obra está escrito en castellano.

Ahora bien, aunque en castellano utiliza un estilo que comparte mucho con los escritores españoles del siglo XIX, escribe en un francés de inicios del siglo XX. Por lo mismo, en vez de imitar el estilo de Iris en castellano, para esta traducción decidimos utilizar un estilo más moderno, aunque no exento de la riqueza léxica de la autora. Con esto, esperamos reflejar mejor la experiencia de lectura del texto en francés. Por último, mantuvimos ciertas repeticiones de palabras propias del original.

Tradujimos a partir de la única edición actual de *Entre deux mondes*, que la autora firmó como Inés Bello y que fue publicada en París en 1914 por Bernard Grasset Éditeur. El ejemplar está disponible en la Biblioteca Nacional de Chile.

ENTRE DOS MUNDOS

I

Cuando el expreso de Roma ingresó en la estación de Florencia, se desató una terrible estampida en el andén para conquistar los mejores asientos.

Las dos amigas finalmente lograron acomodarse entre los viajeros ya instalados a sus anchas, que no mostraban la menor consideración por estas bellas damas recién llegadas.

Observaron vagamente a sus compañeros, los característicos viajeros de diversas nacionalidades que abarrotan los trenes italianos durante la llamada «gran temporada»: el alemán enriquecido que se aleja por primera vez de sus brumosos paisajes, el austriaco tentado por la proximidad geográfica que recorre Italia como un mero curioso, la lady inglesa ofendida por la falta de decoro, y el viejo caballero de semblante clásico y rasgos finos que mantiene siempre una perfecta distinción. Este último cerró las cortinas para bloquear un rayo de sol inoportuno, se quejó del perro que una viajera acomodó a su lado y se puso a leer tranquilamente un periódico. Sus anteojos cubrían una nariz recta y afilada, mientras que sus ojos, de un gris acerado, se hundían en sus órbitas mostrando indiferencia por las cosas exteriores.

Una de las dos recién llegadas resplandecía en su belleza de rubia y carnes lozanas, como un retrato de Rubens, mientras

que la otra, delgada y fina, poseía un tipo de encanto ardiente y novelesco.

Tras un momento de silencio y frialdad, el viejo caballero entabló conversación con sus compañeros de ruta y les hizo notar el color sombrío del lago Trasimeno, que desplegaba a lo lejos su verde manto como una esmeralda engastada en las montañas.

El aspecto salvaje y lóbrego del lago llamó la atención de todos, y los viajeros intercambiaron algunas breves palabras.

Iseult, la joven dama de semblante pálido, charlaba en voz baja con su compañera que, por el esplendor de sus soleados rasgos y su ropa suntuosa, parecía una dogaresa.

Al sentarse, Iseult había notado a un joven de una belleza poco común y aspecto interesante. Recto y flexible como un junco, tenía una figura de Adonis griego. Una mecha de cabellos rizados caía sobre sus sienes y en sus ojos claros brillaba el destello de una espléndida juventud.

Se sintió atraída de golpe por la hermosura clásica de este personaje, pero sus ojos no lograban captar bien la fineza y perfección de esos rasgos en que una sangre joven parecía haberse mezclado con la herencia de la antigua sangre latina. Curiosa, lo observaba con sus ojos profundos: su mirada psíquica, propia de una exploradora de almas, parecía querer ir siempre más allá del instante presente de la vida pasajera. Pero se sintió atravesada por unos ojos de una osadía e impertinencia casi ofensivas.

El joven estaba parado en el pasillo del vagón. Tenía las manos sobre las caderas con un bello gesto atlético y la contemplaba desvergonzadamente.

Le dio incluso la espalda al paisaje —que parecía interesarle al principio— para mirarla solo a ella. La fulminaba con una mirada provocadora e insolente.

Muy incómoda ante el atrevimiento del desconocido, Iseult recurrió a su compañera, la hermosa rubia de opulencia luminosa y jovial.

—Pero ¿qué estará pensando ese hombre? —le dijo, desconcertada por tanta audacia.

La amiga le dirigió su espléndida sonrisa.

—No es nada grave… Solo un flechazo.

Aunque apartase la vista, Iseult seguía sintiendo esa asediante mirada debido a la misteriosa sensibilidad que nos hace ver más allá de los ojos y nos transmite la sensación casi física del extraño fluido que une a los seres. Hay una atmósfera sutil que se introduce en nosotros con la vista y nos revela algo de otra alma que una corriente de simpatía o una misteriosa armonía nos hizo descubrir.

Asustada por la tempestad que su mirada atenta había desatado en el desconocido, la joven desvió su atención y se mostró indiferente.

Él seguía de pie en el pasillo y se aseguraba de mirarla solo a ella y de ser visto solo por ella. Pero su actitud se volvía cada vez más reservada. Corregía con fina delicadeza su extraña actitud inicial.

Y ahora, con la atracción magnética que hace que nuestros ojos vayan hacia donde un deseo secreto los atrae, Iseult lanzaba miradas furtivas hacia la bella silueta intrépida y esbelta que, en una mezcla de elegancia suprema y arrojo viril, se recortaba en el gran ventanal. Detrás del joven corrían los paisajes toscanos con su calma grandeza, mientras los Apeninos trazaban a lo lejos sus perfiles azulados.

Y esta bella mujer, tan inquieta y audaz cuando se trataba de cumplir sus deseos, ahora se veía atraída y paralizada por la

actitud insolente de un simple joven que surgía en su camino. Ella, tan delgada en su frágil figura y transparente frescor, pero tan fuerte en su pensamiento y firme en su intención, ahora flaqueaba ante la simple mirada de un desconocido.

Apeló a su voluntad como coraza, se levantó y fue al pasillo con su amiga. Hablaban en voz alta y veían desfilar el hermoso campo. El lago Trasimeno se acercaba con sus inquietas aguas de un verde untuoso.

Evocaron el recuerdo de san Francisco, cuya poesía medieval preservó leyendas encantadoras relacionadas con esta visión.

Los campos verduzcos, los olivos espaciados en la llanura y algunos grupos de negros cipreses o amplios pinos piñoneros decoraban maravillosamente el paisaje.

Cuando la luz comenzó a menguar, el lago desfilaba frente a las puertas del vagón como una sobria evocación de la Italia de antaño, sombría y apasionada.

El atardecer lo desteñía todo, pero los tonos oscuros del horizonte se volvían más intensos y, cuando el lago estaba a punto de desaparecer, el sol se hundía más allá de las montañas en un lecho de llamas y un cielo de pureza cristalina.

A medida que el lago se revestía de sombras, el atardecer era cada vez más espléndido. Parecía un gran sueño de futuro, frente a un recuerdo muy bello, pero muy lejano, que tendía a borrarse en el horizonte siempre cambiante de nuestra memoria.

De pie en el pasillo frente a esta apoteosis del ocaso, Iseult miró de cerca al joven. En sus glaucos ojos, una hondura de extrañas aguas calmas que encierran maleficios parecía esclarecida por una tarde italiana cargada de fuerzas primaverales. En las penumbras del pasillo, sus ojos refulgían con fuegos que dirigía hacia la mujer que tenía en frente.

Ella ahora estaba decidida a afrontarlo con todas sus fuerzas. Era un adversario de temer, pero estaba dispuesta a iniciar el duelo. Pronto sabrían si la juventud de él podría triunfar sobre la fuerza de ella; o si terminaría imponiéndose la bella alma de Iseult, iluminada por rayos celestiales y un espíritu sediento de horizontes más vastos.

A pesar de su aparente fragilidad y la dulzura armoniosa de su voz, se paró frente a él con determinación y lo miró con sus ojos lejanos que sugerían reminiscencias de países exóticos.

Sintió su propia fuerza seductora, comprobada tantas veces y siempre triunfante, y fijó en él una mirada de zafiro tierna y cautivadora, llena de esa protección superior con que la mujer de verdad sabe apoderarse del hombre.

Los ojos del joven se encontraron con esos ojos. Esta vez ya no eran impertinentes, sino tímidos y dispuestos a acercarse. Parecían presentir dulzuras aún insospechadas y desconocidas.

Se apoyaban a veces en el panel que cerraba los vagones y a veces en las ventanas. Por momentos, el joven se alejaba un poco, pero luego volvía al mismo lugar. Su mirada era cada vez menos firme.

Ella hizo un gesto para bajar la ventana y él la abrió prestamente. «*Grazia*», le dijo. En su bella voz parecía resonar un remordimiento oculto y la melancolía de los recuerdos más dulces. Se sintió envuelto por las ondas de una voz que le revelaba el secreto de una profunda armonía. Se vio deslumbrado por esos ojos de luminosos destellos.

Animada, le comentó:

—*Come* è *bello questo lago*.

—*Bellissimo*.

La conversación había comenzado y, con estas simples palabras, algo del alma insondable de los seres subió a la superficie de sus labios. Aunque hasta hacía una hora eran completos desconocidos, de pronto, escuchándose el uno al otro, parecían viejos amigos.

Él era italiano. Pero era más que italiano, era florentino: con ese título podía presumir de la nobleza y antigüedad de su raza, esa sangre que ha engendrado a tantos genios.

Vivía cerca de Florencia, en Fiesole, y le encantaban las flores, que cultivaba él mismo. En ese momento, iba a Nápoles para ejercer su profesión de abogado.

Esta carrera, que parece requerir madurez, no cuadraba con su soberbia juventud, floreciente de frescura, rebosante de fuerza en la agilidad de sus gestos y su actitud atrevida y dominadora.

Un mechón de su cabello rubio y rizado bailaba sobre la frente, dándole un porte altivo que revelaba una antigua raza principesca y cruel. Sus ojos glaucos tenían cierta pérfida crueldad, pero se suavizaban cariñosos y se enternecían con indolencia al mirar a la joven, mientras la voz plena y los labios ligeros cantaban en la sonoridad de las palabras italianas.

Iseult, sin gran esfuerzo, supo actuar cariñosamente a su vez, con esos mimos de mujer que eran su sortilegio, y lo envolvió con aquella dulzura que es el verdadero lazo entre los corazones.

A través de este intercambio de palabras sin importancia, de miradas simplemente dulces, algo más intenso fluía en esa conversación que hacía resplandecer el paisaje, que lo doraba todo con una nueva ilusión.

La naturaleza parecía armonizarse con el ritmo de las almas.

¿Sabemos qué acorde profundo y misterioso se establece entre los planos superiores de nuestro ser mientras nuestros labios

pronuncian palabras banales y nuestras miradas se cruzan como dos ventanas abiertas hacia lejanías inexploradas?

Para que no pareciera que se relacionaba demasiado rápido con un desconocido, Iseult volvió varias veces a su compartimento, se sentó entre los viajeros, susurró algunas palabras al oído de su amiga y fingió mirar hacia otro lugar.

Entre tanto, el joven estaba de pie desde hacía casi tres horas sin ocupar su asiento. Se sentía conmovida por su actitud y admiraba el contraste entre su audacia cuando estaba lejos y su timidez desde que se le había acercado.

¿Qué se había modificado entre ellos por el hecho de acercarse y por el sonido de sus voces? ¿Qué enemigo había desarmado la dulzura de esa voz cristalina en que vibraba la antigua ternura de las almas que conocen los secretos de la vida y que quieren proteger a los más débiles?

Algo había cambiado con el simple acento de esa primera palabra, «*Graʒia*», algo que los ojos no habían sabido decir en su pureza ingenua ni en la confesión de un creciente cariño.

Cada cual lleva su destino en sí mismo; así, este hombre sería para esta mujer completamente diferente de lo que habría sido para otra. Ella sería capaz de despertar en lo más profundo de él unas fuerzas inaccesibles para almas menos refinadas.

Solo podemos aceptar, moralmente, nuestras propias equivalencias. El alma solo realiza intercambios y nuestros mejores tesoros siempre son estériles para quienes no poseen nuestras afinidades.

Se acercaba Roma y se acercaban también uno al otro. La mujer desplegaba toda la sutileza de sus armas y el joven se ablandaba hasta la súplica.

Espiaba las paradas del tren con la esperanza de que ella vendría a la ventana. Se acercó a la puerta del compartimiento para decirle simplemente «Orvieto». Ella miró la llanura que iba quedando atrás y no distinguió nada que revelase la cercanía de una ciudad: el deseo del joven se adelantaba sin duda a la llegada a la estación. Pero, a los pocos minutos, la vieja ciudad, encaramada en las alturas, apareció como un fantasma lejano en el horizonte de la planicie.

Iseult se levantó y comenzó la conversación. Hablaron de Florencia, que ella venía de dejar y donde tuvo una estadía encantadora. Y entonces, tímidamente, él le pidió permiso para ofrecerle unas flores de su ciudad, cultivadas y cortadas por él esa mañana. Ella aceptó.

Él fue a su compartimiento, tomó un canasto lleno de pequeños manojos aromáticos en que se mezclaban los soplos perfumados de los jardines de Fiesole y los sacó de los papeles de colores que los envolvían. Aparecieron unas flores frescas con una fragancia de rocío matinal.

Eran unas anémonas rojas, amarillas o carmesí, aterciopeladas o tersas; jacintos de perfumes embriagadores; violetas suaves o tristes que parecían esconderse; gardenias de blancura resplandeciente; claveles de un orgullo audaz.

Le llenó las manos, inundó sus rodillas, la cubrió completamente a pesar de sus protestas. Se vio sepultada bajo las flores, se convirtió en una cesta viviente y el vagón quedó impregnado de una bocanada primaveral.

Los viajeros, sumidos en la somnolencia que se suele sentir al final de los largos viajes, fueron despertados por la intensidad de los perfumes, que se propagaron como un alma dulce. Unas miradas cómplices se cruzaron entre todos esos extra-

ños, que se convirtieron por algunas horas en vecinos. Las flores acercaron a esos seres distantes, tal como una presencia agradable instaura una corriente de armonía.

Iseult absorbió por mucho tiempo los efluvios aromáticos y pareció respirar el alma del desconocido en esas frágiles criaturas de efímera belleza alimentadas por sus cuidados.

Los ojos del joven se volvieron más cariñosos, más dulcemente afectuosos, y mezclaron, en una misma mirada, a la mujer ya amada y sus flores preferidas.

Ella entendió el discreto homenaje que implicaba la ofrenda de estas flores recogidas esa mañana y que, quizá, estaban destinadas a otra, ¡quién sabe!, pero que fueron regaladas con tan perfecta gracia.

—Y pensar que todo tiene un destino —murmuró ella, soñadora—. ¿Podían esas pobres flores imaginar que se quedarían en el camino con una desconocida? El pensamiento de usted ya les había trazado otro destino, pero el azar, ese capricho divino, me las consagró y se lo agradezco.

—Las recogí para mi madre —dijo el joven, pensativo—. Pero eran para usted, y así lo prueba el que se hayan quedado entre sus manos.

—Puede estar seguro de que mis manos son delicadas y sabrán hacer dulce su breve existencia.

El tren avanzaba hacia Roma y recuperaba su retraso. La luz bajaba, el paisaje palidecía, las líneas se difuminaban suavemente en el atardecer, la planicie y las montañas se desteñían poco a poco. Todo adquiría una imponente solemnidad.

Había una extraña placidez en este anochecer al llegar a Roma.

En ningún momento el joven se sentó: permanecía de pie frente a ella como al inicio del viaje, que duraba desde hacía seis horas.

La oscuridad se volvía más intensa, pero el paisaje conservaba sus contornos con una perfecta nitidez y una coloración muy pura, suave como una acuarela.

La apacible grandeza del día agonizante se transmitía a los seres. Todos permanecían en silencio. Iseult meditaba por un momento y oía en sí misma el frágil eco de una canción que acababan de cantarle por primera vez en su vida: era el himno de una gran esperanza que subía hacia ella desde lo profundo de la juventud.

Todos los tormentos del pasado se fundían en su corazón con tierna dulzura. Esta alma de frescura intacta, que venía intrépidamente a su encuentro, la hacía soñar y le devolvía el amor por la vida de una nueva forma. Pero ella sentía también un horrible temor, porque conocía el fondo a veces tormentoso de sí misma, tan complejo y tan incapaz de adaptarse a la simplicidad espontánea de seres más ingenuos. Iseult soñaba despierta.

Conocía su terrible poder, su tendencia a vivir por sobre la naturaleza humana, mientras que el hombre se entrega por completo a su impulso pasional y exclusivo. Ave de paso acostumbrada a alzar el vuelo en cielos lejanos, ella conocía su propia impotencia para entregarse y asentarse.

Esta nueva alma que venía de conocer podría resultar herida en el mejor momento de su juventud por el contacto con sus manos, que ya eran demasiado expertas en el manejo de otras almas.

Eso pensaba. Y, abriendo los ojos, vio que el paisaje, aunque estaba más oscuro, guardaba la pureza de su dibujo en la limpidez de la última luz.

—*Ecco Roma* —dijo el viejo señor, con aire solemne.

Los viajeros salieron del sopor. Una dama se acomodaba el sombrero, otra se calzaba los guantes, un señor tomaba sus maletas.

El joven le anunció a Iseult que no seguiría viajando hasta Nápoles. Bajaría en Roma para verla al día siguiente… Y, esta vez, no suplicaba: daba una orden.

En esos momentos confusos previos a la llegada, sacó una tarjeta de su billetera: contenía el antiguo nombre italiano Manfreddi.

Entraban en la estación. Iseult y el desconocido se miraron de nuevo por largo tiempo. Se dieron la mano con fuerza y se dijeron «*A rivederci*», esa expresión italiana tan dulce que pone un paréntesis en la ausencia.